

LA POSICION DE LAS ISLAS CANARIAS EN EL SIGLO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

y 2

Este ejemplo de arribar a las Canarias, dado por el Almirante, fue, sucesivamente, estableciéndose como regla general para los que iban al Nuevo Mundo.

Las Islas proveían a las flotas con agua, víveres, y madera, y en sus puertos era fácil contratar un marinero hábil y barato. Al pobre insular le persuadían con astucia o le obligaban con medios violentos a incorporarse a las filas designadas para poblar las inconmensurables regiones del continente recién descubierto. Al principio, los guanches se alistaban voluntariamente; se presentaban en gran número a bordo, dispuestos a dejar el suelo nativo, y hasta solía suceder que se escondían en las naves listas en los puertos para zarpar.

Cuando los Adelantados Lugo empezaban sus expediciones a las Indias, Africa, etc., bastaba una sola llamada para que sus navíos se poblaran de indígenas que en las luchas peleaban con heroísmo y desprecio de la vida y eran por tanto, en los países lejanos, el apoyo más seguro para el conquistador español.

La emigración de los guanches duró todo el siglo XVI.

Prescindiendo de los choques sangrientos entre insulares y españoles, y de las epidemias, séquito casi siempre de guerras, ningún factor ha contribuido tanto para la extinción de ese heroico pueblo como la emigración, forzada o espontánea al Nuevo Mundo.

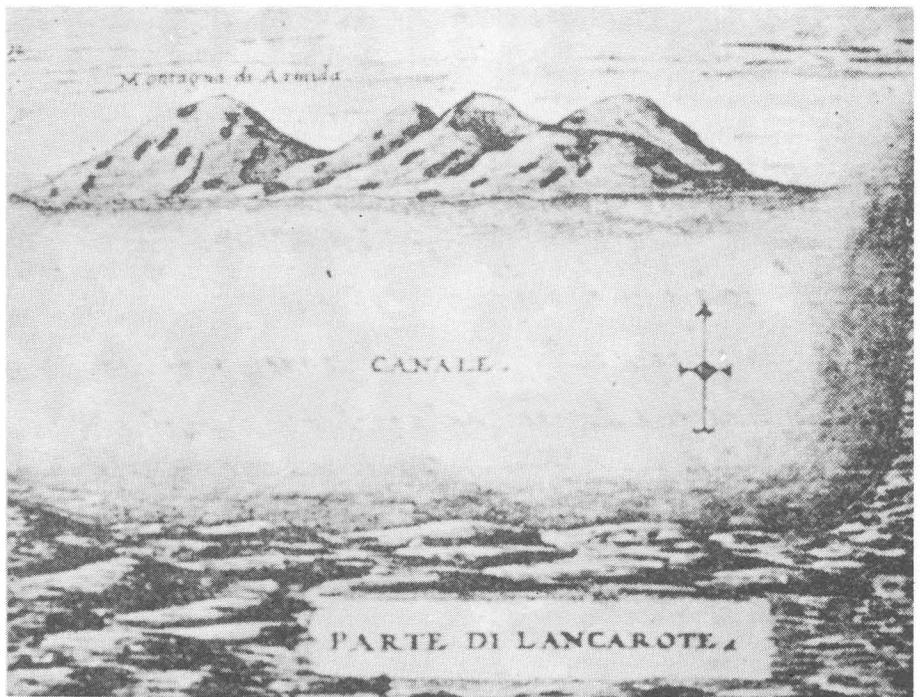
Las causas son palpables: después de cada guerra con los españoles, mientras una parte de los rebeldes, reconciliada, abrazaba la fe, la otra se retiraba a las montañas inaccesibles, donde llevaba una vida huraña. Poco a poco volvían a sus hogares, afligidos por la triste suerte de los suyos que, perseguidos por el celoso vencedor, estaban expuestos a toda clase de sufrimientos y humillaciones, u obligados por la inclemencia de los elementos a abandonar las cumbres inhospitalarias; pero la mayoría de las veces los misioneros, únicos que se tomaban la pena de buscar a los infelices refugiados en las sierras escarpadas, los persuadían de que debían regresar a sus chozas.

Y, no obstante, a muchos retenía en su aislamiento el orgullo salvaje e invencible que los animaba y les hacía

preferir la existencia precaria en el desierto a volver al seno de su familia cediendo a las pretensiones del usurpador extranjero.

El elemento liberal de la población indígena que había confiado en la palabra del hidalgo, llena de promesas, tuvo que rebelarse al fin contra éste por la conducta despótica y soberbia que cada día ostentaba con más impudicia. A pesar de lo pactado, en poco tiempo, los naturales se veían despojados de su más preciosa prenda, la libertad tradicional. Los españoles estaban demasiado acostumbrados a tratar infieles como seres sin derecho ni razón. Las mejores fincas de los insulares fueron repartidas entre los usurpadores, y sus dueños legítimos no eran sino objetos pertenecientes al suelo conquistado. De las pocas aldeas independientes, procuraban sacar por medio de gravosos tributos todo provecho posible, evidenciando la suma necesidad de erigir templos para los recién bautizados. Sólo a algunos príncipes indígenas dejaban el pleno y libre goce de sus bienes, y, pa-

ra más seguridad de la paz, que, en realidad, no era sino aparente, hasta les adjudicaban propiedades ajenas; pero tampoco a estos consideraban como de igual nobleza, porque eran gentes que desde poco tiempo habían abrazado el Evangelio. La hipocresía llegó entonces a tal grado que aquel que, en presencia de moriscos o de judíos, podía afirmar que era miembro de familia cristiana desde muchas generaciones, gozaba de reputación en la sociedad, como si fuese de abolengo aristocrático; de manera que ese contraste religioso —pues los guanches eran, sin excepción, neocristianos—, el ceño y el menosprecio que los naturales oponían a los fallos de las Cortes de Justicia y a la Inquisición, y muchas otras discordias, como es natural, cuando un pueblo amante de la libertad se ve de repente condenado a vegetar en una triste existencia bajo el régimen de pérfidos y crueles opresores, tenían que dar origen a sublevaciones, las cuales generalmente terminaban con la fuga de los hombres a las montañas. Las persecuciones y encuentros sangrientos se hallaban a la orden del día, y los españoles, impotentes para sofocar esos movimientos insurreccionales y para resta-



La Graciosa vista desde Lanzarote, dibujo de Torriani

blecer la tranquilidad, se veían precisados a decretar amnistía general. Luego volvieron los descontentos, mas cansados de continuar la vida de esclavitud disfrazada acudieron, para libertarse del yugo del usurpador odioso, a la emigración, que los españoles fomentaban *generosamente*, porque de esta manera deshacíanse de elementos revoltosos que eran una amenaza continua para el gobierno de la Metrópoli.

Así vemos que, cincuenta años después del sometimiento definitivo de las Islas a la corona de España, Benzoni, en 1541, no pudo encontrar en La Palma sino un solo indígena, y Thevet narra que, en 1555, los últimos restos de los guanches vivían esparcidos en los altos de la sierra, de donde no dejaron volver jamás a ningún cristiano que osara subir a las montañas con el objeto de buscarlos.

Fuera de estos episodios que, en su conjunto, no son sino exageraciones, no tenemos relato ninguno que contuviera detalles sobre la emigración de aquellos heroicos insulares, de los cuales no sabemos cuándo, ni dónde, ni cómo se extinguieron.

Pasando una ojeada retrospectiva a lo expuesto, en su síntesis, las Islas Canarias confirman la experiencia que se manifiesta tan sólo en muy pocos lugares del orbe que no sobresalen por su extensión territorial, ni por el valor de sus productos naturales, ni por la industria o producción de sus pobladores, y, sin embargo, son duraderas su fama e importancia en la Historia Universal, debido, esencialmente, a su posición.

De manera, podemos decir, que las Islas Canarias se destacan en la historia de los descubrimientos y de la conquista realizados por europeos, en nueve puntos principales:

1.º Los cuentos fabulosos sobre la felicidad de las Islas, se conservaban en la memoria de los viajeros aun después de haber caído éstas en el olvido; pero, volviendo a resonar su nombre, despertada de nuevo el espíritu emprendedor, principalmente, en las naciones más cercanas, y cada día viene a pronunciarse más el anhelo de salir al desconocido Océano, de modo que queda también desvirtuada la opinión, sostenida tenazmente por los antiguos, de que entre las columnas de Hércules se levantaba la pared divisoria, inmenso obstáculo para los navegantes que desearan pasarlas.

2.º Descubiertas de nuevo, se encuentran allí casualmente, en abundancia, artículos que en los mercados de Europa valen oro. Las Islas son por esto el objeto de la codicia de los traficantes. En el último tercio del siglo XIV aumenta considerablemente el tránsito entre las Canarias y el Continente. Así desaparecen también los temores respecto del mar peligroso que las rodea.

3.º A principios del siglo siguiente, un aventurero normando conquista en las Islas un principado; estalla una guerra de rivalidades, sobre la posesión del archipiélago, entre Portugal y España.

Esta disputa robustece y fortifica el genio emprendedor en ambas naciones, y hace posible a sus escuadras y a sus ejércitos realizar conquistas de tierras ultramarinas. Así revive la idea de colonizar, como lo practicaban los antiguos, mas con la diferencia de que, mientras aquéllos se limitaban a las playas del Mediterráneo, éstos empiezan ahora a poblar las costas a lo largo del Atlántico. El afán de poseer colonias, administradas y explotadas por el propio gobierno, y de poblarlas con elementos de la propia nación, ensancha también los horizontes políticos.

4.º En las Islas se reciben por primera vez las nuevas sobre los ríos auríferos que atraviesan los dominios del Arcipreste, el Creso africano, y sobre las famosas montañas de la luna.

La manzana de la discordia es ahora la costa africana en frente del archipiélago. Desde esa época, las Islas

6.º Las Islas son, entre tanto, visitadas por hombres geniales e intrépidos que allí desean estudiar, observar y oír todo aquello que se propala de puerto en puerto: las tierras maravillosas al otro lado del Mar son el tema favorito del marinero.

Las densas tinieblas que las envuelven, se transforman, paulatinamente, en un crepúsculo y allá en el horizonte parecen dibujarse sus costas. En el siglo X se habla por primera vez, en la isla de Islandia, de la tierra americana, el "Vinland", y, cinco siglos más tarde, y 36 grados más al Sur, vuelve a repercutir esta nueva por segunda vez, en las Canarias.

7.º Subyugado el heroico pueblo de los guanches, ¿qué otro podrá ahora resistir a las armas de Castilla?

8.º La riqueza de las Islas y su posición geográfica facilitan enormemente la navegación interoceánica.



Vista de la villa de Tegüise, la más antigua ciudad de la isla de Lanzarote, por Leonardo Torriani

son el "Buen - Retiro" de ingeniosos descubridores y el "Rendez - vous" de ambiciosos y aventureros. Sirven, luego, para puertos seguros, y para arsenales, y son el punto de partida para las flotas que intentan la conquista de esta parte del continente africano. Bajo este concepto, tienen la misma importancia que tenía la isla de Chipre durante las cruzadas.

5.º La resolución del problema en África incumbe, en su mayor parte, a los portugueses, porque, después de rechazados sus ataques a las Canarias —o por los españoles o por los insulares mismos— se ven precisados a buscar otro cercano campo de acción. El blanco para sus tiros es la costa africana. Sus capitanes avanzan, poco a poco, a lo largo de esta costa: descubren sucesivamente región tras región; doblan un cabo peligroso tras otro, hasta que, finalmente, llegan al último, el de la Buena Esperanza, y allí toman el camino que conduce a los tesoros de las Indias Orientales.

9.- No debemos tener en poco el servicio prestado por los guanches en la conquista de América, porque sólo ellos podían rivalizar con los indios en agilidad y en astucia. Después de despojados de todo, hasta de la libertad, se batían como desesperados para el engrandecimiento de los dominios de los que los habían desalojado de su patria, y sucumbían en los llanos y en las selvas del Nuevo Mundo.

Las Canarias perdieron este importante papel en la Historia Universal a mediados del siglo XVII y retirándose, desde aquel tiempo, a la vida del provincialismo, habían también ellas de experimentar las consecuencias características de la administración española. Únicamente a la fertilidad del suelo y a la buena conducta de su pobladores, laboriosos y resignados, se debe que la pobreza y la miseria, en las "Fortunatae", no tomen aún proporciones más considerables.

R. R. Schuller.